

ERAÑA, Ángeles. (2021). *Un mundo que hila personas (o de la inexistencia de la paradoja individuo/sociedad)*. Instituto de Investigaciones Filosóficas, Universidad Nacional Autónoma de México, Universidad Autónoma Metropolitana.

En el primer capítulo de este texto, la Dra. Ángeles Eraña muestra la relevancia de la ontología en las cuestiones sociales y políticas. Plantea revisar la postura ontológica tradicional, que divide a las cosas en dos elementos: en la sustancia y los accidentes. La primera es primordial y los otros son derivados. Esta distinción genera una aparente paradoja entre el individuo y la sociedad, en la que alguno de estos elementos debe ser primordial y el otro, secundario. Eraña imagina un mundo distinto al actual: sin una supremacía del individuo o de la sociedad y donde las dos partes se consideren interdependientes.

En el segundo capítulo, explica que el mundo se ha construido alrededor del principio de no contradicción, de identidad y de tercero excluido y detalla sus efectos en el terreno social y político. Pensar a partir de los principios enunciados lleva a un pensamiento bipolar, en el cual algo siempre es fundamental y lo demás accesorio: la sustancia o los accidentes, la mente o el cuerpo, el individuo o la comunidad, la autonomía o la heteronomía. Esboza las diferentes explicaciones filosóficas respecto a estas divisiones e indica que conducen a problemas explicativos. Además, este tipo de

posturas, en el plano social y político, consideran únicamente al individuo o la comunidad, pero no explican satisfactoriamente su génesis y su relación, pues siempre resulta problemática y oposicional.

En el tercer capítulo, expone su contexto de pensamiento y las problemáticas en las que ella está pensando y describe cómo se instancian los principios ontológicos en el mundo actual, especialmente con la figura del capitalismo. Apunta las cifras resultantes de la violencia en México, el tipo de capitalismo que se experimenta, su efecto en la lucha contra las drogas y sus afectaciones sociales, medioambientales y económicas en la sociedad. Además, localiza una lógica bélica presente en los individuos, en las naciones y en la economía global, promovida por el capitalismo, y sus efectos en el individuo y la sociedad. Ésta provoca una dinámica de exclusión y dispone a las personas a un eterno deseo y provoca su virulenta perpetuación. Advierte relaciones muy sugerentes entre la estructura y las dinámicas promovidas por el capitalismo y los problemas enlistados arriba, que merecen un análisis aparte. Esto únicamente sirve para situar su siguiente paso en su exposición: cómo imaginar un mundo con relaciones y dinámicas distintas, en las que se puede

recuperar lo perdido. Enfatiza que el capitalismo no es una condición necesaria para que el mundo y las personas en él sean como son, sino que existen otras formas de relacionarse en el mundo.

En el cuarto capítulo, muestra cómo se podría construir un nuevo mundo, distinto al descrito previamente. El mundo se compone de partes: no es posible pensar el todo sin las partes y las partes, por sí mismas, no son nada si no se encuentran en el todo. Es posible cambiarlo al modificar cada una de sus partes o su totalidad. Argumenta por qué es muy complicado hacerlo parte por parte y concluye que la opción restante es modificarlo todo. Sin embargo, esta opción no implica la destrucción del mundo actual, pues seguiría la misma lógica capitalista bélica y de oposición. Más bien, busca asentar nuevas bases para reconstruirlo. Es necesario conocerlo e identificar los aspectos que deben modificarse.

Afirma que un mundo implica una concepción de él, relaciones entre individuos y condiciones materiales. Es notable la discusión sobre los mundos posibles y la oportunidad de crear otros mundos. Esto porque, en este mismo mundo capitalista, existen otros distintos: formas de concebirlo y, por consiguiente, de relacionarse con él y con los demás. Resalta sobremanera que el cambio no ocurre meramente desde una perspectiva material o ideal, sino que la relación es más complicada, ya que lo ideal tiene consecuencias en las formas de relacionarse con los demás y, por lo tanto, en los aspectos más concretos del mundo.

Finalmente, busca establecer que la comunidad no implica la anulación de la libertad, sino que posibilita la libertad. La comunidad conlleva ver y comprender a los demás, pues ésta trabaja

por y para todos, lo que exige una forma diferente de relacionarse con los demás. La libertad implica diferencias, pero no para eliminarlas y establecer lo correcto. Más bien, sería una búsqueda de convivir con ellas, lo que implica un acercamiento y enfrentamiento con el otro. Éste no busca eliminarlo, sino que sería una forma de encontrarse a uno mismo e identificar las propias diferencias y debilidades, lo que permite comprender las de los otros y apoyarlos para sobrellevarlas. Todo esto implica un cambio en las dinámicas entre unas y otras personas, que serían muy distintas a las esperadas en un esquema capitalista.

El quinto capítulo busca mostrar que se ha construido una idea errónea de persona: se conforma plenamente a partir del yo. Esta comprensión del yo es un error patente porque conlleva pensar en la autonomía y heteronomía como absolutos (que todo dependa del sujeto o que éste se someta al otro cuando se relaciona con él), porque no corresponde a la forma en que una persona es. Eraña propone ver a una persona como un lugar en la sociedad, que implica relaciones con los demás. Si una persona es un lugar en la sociedad, un mismo individuo podría ocupar lugares distintos en ella, lo que implicaría relacionarse con diferentes personas en distintos ámbitos. Así, un individuo podría ser múltiples personas (ocupar varios lugares en la sociedad). Además, un individuo no sólo se encuentra con lugares en la sociedad y con condiciones materiales (que no deben obviarse, sino tenerse en cuenta), sino que, a partir de su actividad con los demás, pues toda actividad siempre incluye a otros, contribuye a crear el lugar en el que se encuentra.

Esto implica que uno se halla en un lugar, pero contribuye a transformarlo a partir de sus condiciones y las prácticas que establece con los demás. Lo

anterior muestra que no existe problema en que uno sea un individuo que dependa completamente de los demás, pues cada uno ocupa su espacio social, que puede ser parecido al de muchos otros, de manera muy peculiar. Esto conduce a la discusión de los análisis recientes del yo (visto como un cuerpo en su dimensión psicológica y social) y la memoria. Revela la importancia de la memoria autobiográfica, que explica cómo se estructura la vivencia de alguien y cómo se transforma en una particular e intransferible. Además, explica que la concepción del yo es muy distinta a como se pensaba en cierta tradición filosófica, pues alude a que los infantes construyen la idea del otro a partir de ver un tú, a alguien más. Se construye al percatarse de otro individuo distinto a ellos, lo que implica advertir sus semejanzas y diferencias. Únicamente de esta manera uno puede percatarse de lo que no comparte con otro y construir la idea del yo. Además de notar diferencias y semejanzas, también se comparten experiencias y sentimientos con el otro: uno se da cuenta de su vulnerabilidad y situación y, a su vez, de las de uno mismo. Esto conlleva a la posibilidad de sentir y comprender al otro y a buscar trabajar en soluciones a problemas comunes. Todo parte del cuerpo del otro, que expresa ciertos sentimientos, los cuales pueden derivar en acciones políticas. Esto implica narrativas que uno crea y que condicionan las vivencias de uno mismo, lo cual genera la particularidad de las vivencias de un individuo. Para comprenderse a uno mismo, es necesario considerar a los demás: cómo nos observan, qué creen que somos y bajo qué luz los observo. Eraña extiende una invitación a pensarse a uno mismo más como algo que se construye a partir de las relaciones con los otros que como una sustancia autónoma que no depende de lo otro.

Finalmente, en el sexto y último capítulo, busca sustentar la posibilidad de que exista un mundo con varios mundos en él y la necesidad de pensarse a uno mismo a partir de los otros, a través de una ontología procesual y dual. Ésta se basa en la idea de que “lo uno es dos”, que uno puede encontrar en antiguas tradiciones de pensamiento y que ella identifica en una historia del EZLN (Ejército Zapatista de Liberación Nacional), que cuenta el origen del mundo, del uno y de los todos. Dicha ontología consiste en que todo lo que existe siempre tiene un par, mantiene una relación con él (no necesariamente de oposición), que es ontológicamente fundamental: cada uno del par de los seres puede existir sin el otro, pero únicamente encuentran su realización plena en su mutua relación.

Esto no implica que un ser se derive del otro, pues cada uno de los polos existe por sí mismo; sin embargo, requiere su relación con el otro para que se presente el *proceso* necesario para pasar de un polo al otro. Por ejemplo, para la noche y el día, es necesario que exista el paso de la luz a la oscuridad, ya que no tendría sentido hablar de la noche si no existiera la oscuridad y, de igual forma, sería insignificante hablar del día si sólo hubiera luz y nunca llegara la noche. En esta relación, no existe subordinación, entendida como la primacía necesaria de uno de los polos, sino que, mientras uno de ellos se encuentre en su apogeo, es cuestión de tiempo para que el otro ocupe su lugar y se genere el proceso que da lugar al movimiento de los dos polos relacionados, que conforman una *totalidad*.

La pregunta que surge es: *¿cómo se forma un mundo a partir de la idea de que “lo uno es dos”?* Eraña, siguiendo el final de la historia del uno y de los todos, señala que ellos consideran que los unos no son suficientes, sino que los todos son

necesarios para que echen a andar al mundo. A esta afirmación subyace una característica ontológica esencial: la relación con el otro. Los pares complementarios se basan en su relación, que no implica derivación alguna. Si uno considera esto en el ámbito humano, una persona no puede ser sin la otra, sino que una es en relación con la otra y, más aún, no existe oposición ni identidad, sino complementariedad en todas las relaciones entre las personas. Esta ontología se centra en encontrar lo común de esas relaciones y no lo primordial y lo derivado. En la esfera política, esta propuesta es diferente a la que la que considera al Estado como regulador de las personas que gobierna. Una política a partir de lo común permite privilegiar las relaciones con los otros, ya que no existe primacía alguna de unas personas con otras, sino que prevalecen los cambios y las relaciones de unas con otras, lo que posibilita que, en un mismo mundo, el cual es una totalidad, puedan existir otros mundos, que son las diferentes relaciones sociales que unas personas mantienen con otras. No deja de señalar que estas relaciones son históricas y mudables, lo que posibilita los diferentes acomodos que existen y que pueden existir en el futuro.

Respecto al tiempo, Eraña busca mostrar otra dimensión de él, muy diferente a la que lo considera como una estructura reiterativa y que el presente es lo único que realmente existe, pues sus reiteraciones dan lugar al pasado y al futuro, que no son. En consonancia con su propuesta ontológica, considera que el tiempo es una relación de una persona con el mundo, lo que implica que sus acciones y sus relaciones con él crean el tiempo, pues éste es movimiento. Como no existen acciones y relaciones iguales, pues cada persona se

encuentra en relaciones distintas con el mundo, cada tiempo es distinto y no es meramente un presente que siempre se repite. El presente se convierte en un instante para decidir construir diferentes relaciones con los otros mundos que implican a los demás. De esta forma, se observa que el presente se compone del pasado y construye el futuro, que no es un momento aislado de lo que muchos hicieron en el pasado y que también es responsable de lo que ocurrirá en el futuro.

La forma de vivir en este nuevo tiempo implica que cada persona es única, pues actúa y construye su tiempo muy peculiarmente, la cual es diferente a la de las demás. Además, ella se ha constituido en condiciones materiales, personales e históricas específicas, que le permiten ser ella misma. Lo anterior necesariamente requiere la relación con las demás personas, pues ellas le permiten crear su tiempo y contribuyen a él, pues es el par complementario de uno, de la constitución de uno mismo. Una persona se constituye a través de las demás, pero sin perderse en el otro, ya que uno influye al otro y viceversa. Por lo anterior, no es posible pensar en una única comunidad, sino que se forman comunidades, las cuales establecen vínculos y formas de relacionarse que nunca son iguales, sino que se particularizan por las condiciones materiales, históricas y sociales en las que surgen y crecen.

Eraña busca condensar esta relación compleja entre personas con el término *holobionte*. El proceso que ocurre entre ellas es uno de comprensión del otro y el reconocimiento de uno mismo, que puede conducir a confrontaciones, pero de distinto talante al de una ontología en el que lo propio es sustancial y lo otro es secundario. Una nota de especial importancia en su planteamiento

ontológico es que no toda forma de ser en la sociedad es aceptable: aquella que busca destruir a las personas que disienten no es válida, pues precisamente esto es lo que busca eliminar la ontología dual y procesual que se ha comentado a lo largo del libro. Ésta es una salida a la lógica capitalista, pues ofrece una opción diferente a la de la ontología de lo sustancial y lo accidental.

Con este recorrido, Eraña propone imaginar un mundo desde otra perspectiva, que pueda ofrecer una salida a las imposiciones capitalistas, derivadas de una ontología de la sustancia y el accidente, que conforman a las personas, su tiempo, sus relaciones y la forma en cómo se pueden relacionar con el mundo. Ningún ser es esencial a otro, sino que todos son complementarios y posibilitan las diferentes formas de relacionarse en un mundo que

es cambio. Algo muy valioso de estas conclusiones es que no es un planteamiento meramente teórico, sino que esta perspectiva permite rehacer el mundo con nuevas formas de relacionarse y comprender a las demás personas y de entenderse a uno mismo: una persona es únicamente por la interacción con los otros. Existen límites en las formas de vincularse y actuar en el mundo: no se aceptan formas de ser que eliminen a lo distinto, pues las personas siempre poseen diferencias muy particulares. Es claro que la ontología, una forma de ver el mundo, es vital para cambiarlo, pues permite entender que la individualidad y la sociedad se necesitan unas a otras, las cuales conforman una totalidad.

*Carlos Daniel Noyola Arias*